

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

TIBERIO GRACO TRIBUNO DE ROMA



novela histórica

DESPIERTA FERRO



EDICIONES

TIBERIO GRACO
**TRIBUNO DE
ROMA**

DESPERTA FERRO



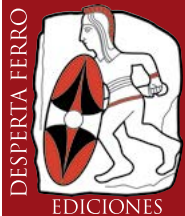
EDICIONES

TIBERIO GRACO
TRIBUNO DE
ROMA

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Tiberio Graco.
Tribuno de Roma
Luis Manuel López Román

© de esta edición:
Tiberio Graco. Tribuno de Roma
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-129810-4-9
D.L.: M-9452-2025

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: junio 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones.

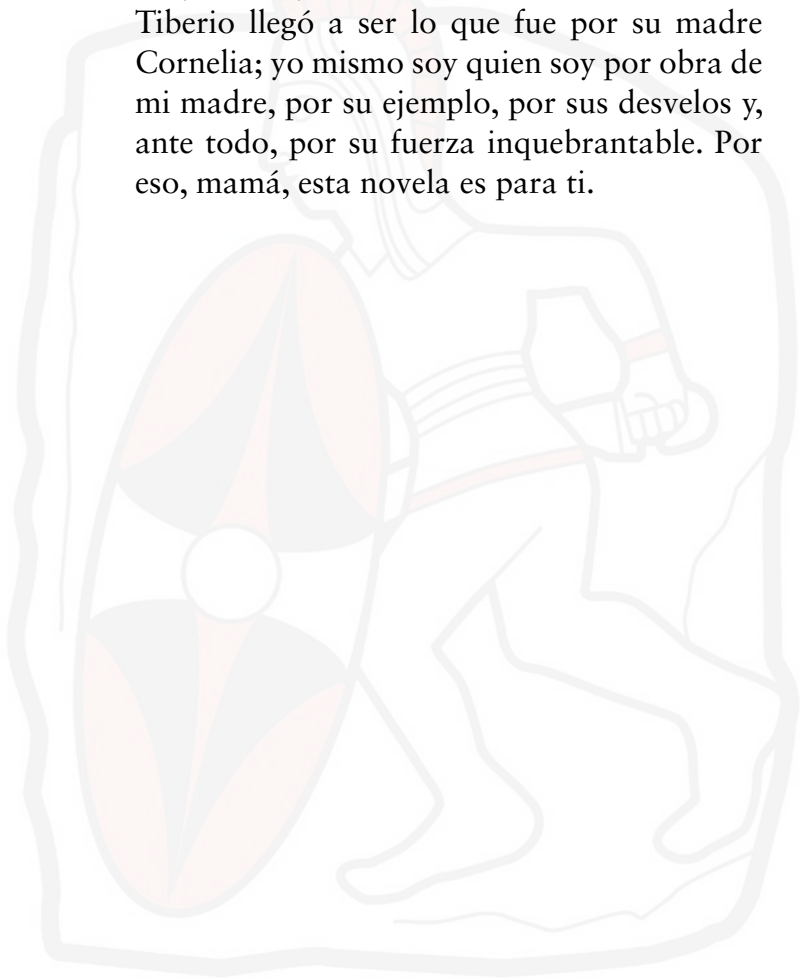
Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Abraham Lincoln dijo en una ocasión que todo lo que era y esperaba ser se lo debía a su madre. Creo que Tiberio Graco se habría visto profundamente reflejado en estas palabras, tal y como yo mismo me identifico con ellas. Tiberio llegó a ser lo que fue por su madre Cornelia; yo mismo soy quien soy por obra de mi madre, por su ejemplo, por sus desvelos y, ante todo, por su fuerza inquebrantable. Por eso, mamá, esta novela es para ti.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

nueva ama, pero Claudia se mostró desde el principio como una persona dulce y flexible con la que se podía consultar cualquier problema que surgiera en la *domus* sin temor a reproches o represalias. Aunque siempre era suya la última palabra, Claudia dejaba que Pertinax se encargara de la mayor parte de los asuntos y solo intervenía en temas concretos, como los gastos en alimentos, las reparaciones en la casa y las escasas ocasiones en las que surgía algún problema de disciplina entre los esclavos que desbordaba al propio Pertinax. Por lo demás, la esposa de Tiberio dedicaba su tiempo a criar a sus hijos y a una vida social activa e intensa dentro de los márgenes que se consideraban adecuados para una matrona romana.

Tiberio se puso en pie. Como era su costumbre, había madrugado para atender a los clientes con tiempo suficiente para cumplir con sus obligaciones políticas el resto de la mañana. Aquel día se había convocado una reunión del Senado para debatir el que parecía ser el único tema de importancia que aquejaba a la *res publica*: la falta de hombres reclutables para las legiones. Una vez más, los senadores se enzarzarían en interminables debates acerca de la grandeza de Roma, las obligaciones que los ciudadanos tenían para con ella y la conveniencia o no de aligerar las cargas militares que estos sufrían. Palabras, palabras y más palabras de un tema que a Tiberio le parecía esencial, pero del que jamás se tomaban decisiones concretas y que, en consecuencia, no parecía tener una solución próxima.

—Ayúdame con la toga —pidió Tiberio—. ¿Está Clito listo para acompañarme?

Pertinax asintió. Al esclavo le habría gustado acompañar a su amo al Senado, tal y como hacía cuando era un adolescente al que se permitía asistir a algunas se-

índice

primera parte

Roma, en el consulado de Publio Cornelio Escipión Nasica y Décimo Junio Bruto, año 615 desde la fundación de la ciudad (138 a. C.)	1
--	---

segunda parte

Hispania Citerior, en el consulado de Marco Emilio Lépedo Porcina y Cayo Hostilio Mancino, año 616 desde la fundación de la ciudad (137 a. C.)	137
--	-----

tercera parte

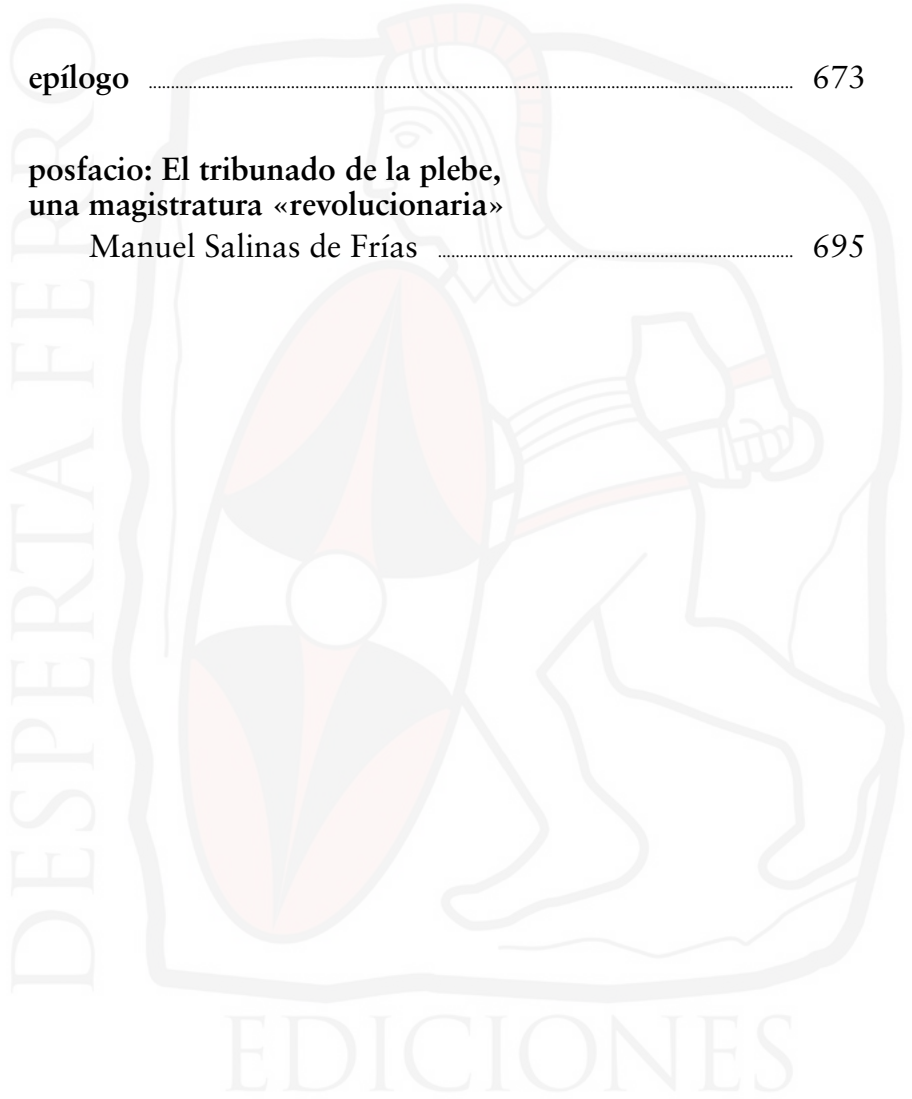
Roma, en el consulado de Lucio Furio Filón y Sexto Atilio Serrano, año 617 desde la fundación de la ciudad (136 a. C.)	357
--	-----

cuarta parte

Roma, en el consulado de Publio Mucio
Escévola y Lucio Calpurnio Pisón, año 620
desde la fundación de la ciudad (133 a. C.) 419

epílogo 673

**posfacio: El tribunado de la plebe,
una magistratura «revolucionaria»**
Manuel Salinas de Frías 695



primera parte

Roma, en el consulado de Publio Cornelio Escipión Nasica
y Décimo Junio Bruto, año 615 desde la fundación
de la ciudad (138 a. C.)

DESPERTA FERRO

EDICIONES

1

El caballo agachó la cabeza y arrancó del suelo unos brotes verdes de hierba entre los que habían nacido unas pequeñas y tímidas amapolas. Eran las primeras que habían crecido aquel año en el Campo de Marte, anunciando así el inminente final del invierno y la llegada de la primavera a Roma. Pronto quedarían atrás las lluvias y los fríos húmedos que obligaban a todos, ricos y pobres, a recluirse en sus casas buscando el calor de los braseros y las mantas de pieles. Como si el sabor de aquellos primeros brotes le entusiasmara, el animal alzó la cabeza y relinchó, haciendo que su jinete, un niño de apenas siete años, se asustara y se aferrara con fuerza a las riendas.

—No te asustes, Tiberio. El caballo siente todo lo que pasa por tu cabeza y por tu corazón. Mantente tranquilo y él también lo estará.

Quien había hablado era un adolescente de dieciséis años, con el pelo castaño, espeso y ondulado y un cuerpo no muy alto, pero fornido y proporcionado. El joven sujetaba una de las riendas del caballo con firmeza, de forma que el animal no pudiera desbocarse ni hacer movimientos bruscos que acabaran con su pequeño jinete en el suelo. El niño escuchó aquellas palabras y se incorporó de nuevo sobre la grupa del animal, manteniendo sus piernas muy apretadas a los costados de la montura, tal y como su tío y su padre le habían enseñado.

—Sí, tío —dijo con una voz que pretendía serena y seria.

Cayo Graco sonrió. Su sobrino Tiberio era la viva imagen de su padre: alto y espigado, con los ojos claros y el rostro siempre calmado. Un niño que hacía las deli-

cias de sus dos familias, la paterna y la materna, y sobre todo de su abuela, la siempre orgullosa Cornelia. Pese a que todos hablaban de lo obediente y formal que era el pequeño Tiberio, a su tío Cayo le habría gustado que su sobrino mayor demostrara en algún momento un conato de rebeldía o un indicio de que no estaba de acuerdo con todo lo que su padre y sus abuelos le imponían día a día. Así al menos él tendría en algún momento un aliado en sus correrías y dejaría de ser la única oveja negra de la familia de los Sempronios Gracos.

Pero no, aquel niño que había unido los destinos de esa familia y de los Claudios Pulcros jamás daba una respuesta inadecuada, siempre se aplicaba a los estudios con sus tutores, agachaba la cabeza con respeto ante cualquier orden y la acataba de forma meticulosa. Era, en definitiva, un calco de Tiberio Sempronio Graco padre, el cabeza de familia, el hijo, el marido y el yerno perfecto, el político joven al que toda Roma amaba. Y también el modelo con el que todos comparaban a Cayo y a quien, él mismo estaba convencido, jamás conseguiría emular por mucho que se esforzara.

—¿Quieres probar a poner el caballo al trote? —preguntó a su sobrino.

—¿Yo solo?

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

El niño se encogió de hombros, pero en sus ojos estaba clara la respuesta. «Podría caerme, romperme la cabeza y morir, con lo que tú, que eres el responsable de mi seguridad, no tardarías en seguirme al reino de Plutón porque la abuela Cornelia te haría arrojar desde la Roca Tarpeya por permitirme cabalgar a solas en un caballo de este tamaño».

—De acuerdo —concedió Cayo, quien, con la edad del pequeño Tiberio, habría dado la vida por que le per-

mitieran recorrer el Campo de Marte al galope a lomos de un caballo sin supervisión de un adulto—. Montaré contigo, pero ya sabes que me gusta la velocidad...

—Si vas conmigo no tendré miedo —dijo el niño.

Cayo subió con habilidad a la grupa del caballo y se situó detrás del pequeño. El animal era un ejemplar grande y fuerte que estaba acostumbrado a llevar sobre su grupa a jinetes cubiertos con armaduras ligeras, por lo que cargar con el peso de un hombre no muy alto, como Cayo, y de un niño pequeño no suponía un gran esfuerzo. Cayo Graco depositó un beso en la coronilla de su sobrino y le revolvió el pelo. Dócil o no, adoraba a aquel niño. En muchas ocasiones se había sorprendido a sí mismo preguntándose si cuando llegara el momento de tener sus propios hijos podría quererlos tanto como a sus dos sobrinos.

—Agárrate fuerte. Vamos a asustar a esos patos que hay cerca de la orilla.

Cayo Graco clavó los talones en los costados del caballo y el animal echó a trotar por la llanura del Campo de Marte en dirección a la orilla del Tíber. El pequeño Tiberio Graco lanzó un grito que era mezcla de miedo, emoción y dicha por poder pasar tiempo con su tío, a quien adoraba.

2

Mientras su hermano y su hijo mayor se divertían montando a caballo en el Campo de Marte, Tiberio Sempronio Graco terminaba de atender a los clientes de su

familia. Algunos de ellos los había heredado de su padre, y otros, por el contrario, los ganó él mismo gracias a sus relaciones políticas y a su carrera militar. Muchos de los hombres que visitaban su *domus* cada mañana en busca de ayuda, consejo o protección eran antiguos legionarios y centuriones que habían combatido bajo sus órdenes en Cartago y que tras la guerra convirtieron los lazos militares de obediencia en vínculos de clientela. Un pacto que beneficiaba a las dos partes, ya que Tiberio Graco veía su prestigio y su influencia aumentados en diversas regiones de Italia, y aquellos campesinos encontraban una voz poderosa que defendía sus intereses en Roma.

Sin embargo, la labor de atender a aquella legión de clientes que tan fascinante le había parecido a Tiberio siendo niño se había convertido en una rutina con lo que no disfrutaba en absoluto y que con gusto habría delegado en otra persona, tal y como hacían muchos nobles. Pero, por supuesto, Tiberio no se habría permitido jamás hacer algo así: si su padre no lo había hecho, él tampoco lo haría. Atendía a sus clientes con interés real o fingido y se preocupaba por que ninguno se marchara de aquella casa sin una solución, una respuesta o al menos un poco de su tiempo. El joven, que aún no había cumplido los veintisiete años, sabía que aquellos hombres no eran solo campesinos necesitados de protección y consejos, sino que ante todo eran potenciales votantes a los que tendría que recurrir cada vez que se presentara como candidato a una magistratura. Sin ellos, los ciudadanos romanos que votaban en las asambleas de las centurias y las tribus, un noble romano no podía ascender por el *cursus honorum*, por muy ilustre que fuera su nombre... y muy llenas que estuvieran sus arcas.

Aquello era algo que Tiberio tenía muy presente, ya que en unos meses tendría que someterse por primera

vez en su vida al veredicto de las urnas en las elecciones a cuestor. La cuestura era la magistratura más baja del *cursus honorum*, y, en principio, con el nombre de su familia, su red de clientes y su prestigio personal ganado en los campos de batalla de África no debería tener problemas para salir elegido.

Tiberio se apartó un mechón de pelo de la frente y suspiró. Pensó en los tiempos en los que había luchado en Cartago como tribuno de las legiones, en lo complicado que le había parecido todo entonces y en lo sencillo que fue en comparación con lo que vino después. La vida militar oscilaba entre dos frentes: obedecer órdenes y dar órdenes. Uno sabía quién era de los suyos y quién era el enemigo. En la vida política y social de Roma, todo se complicaba hasta el infinito: había que medir cada palabra y cada gesto, cada invitación a una cena y prácticamente cada sonrisa para mantener un equilibrio constante y no desatar un enfrentamiento o perder un aliado. Una lucha silenciosa que a Tiberio le resultaba agotadora, pero de la que era consciente que no podía escapar porque, como cabeza de familia de los Sempronios Gracos y como nieto de Escipión el Africano, había nacido para ello.

Seis años habían pasado desde que Tiberio regresara de África y desfilara por las calles de Roma en el triunfo de su primo Escipión Emiliano. Seis años en los que su vida se complicó, pero en los que también ocurrieron cosas que le cambiaron por completo.

Para empezar, el matrimonio con Claudia, una ceremonia celebrada a los dos meses de aquel triunfo, terminó por sellar antes los dioses y los hombres su alianza con Apio Claudio Pulcro. Una alianza que, en consecuencia, completó la ruptura con su primo Escipión Emiliano y su *factio*. Desde el regreso de Cartago, Escipión se había

mostrado frío y distante con él, y las muestras de afecto, tan habituales antes, cesaron por completo.

Por otro lado, Claudia no tardó en quedar embarazada y le dio a Tiberio dos niños sanos y fuertes. El mayor, al que llamó Tiberio como primogénito siguiendo la tradición familiar, era un pequeño Sempronio serio y formal al que todos adoraban. El pequeño, Tito, era la alegría de su madre y de todos los esclavos y esclavas de la casa. La paternidad descubrió a Tiberio nuevas dimensiones del amor, pero también de la preocupación y la responsabilidad. Ya no solo tenía que esforzarse para situarse a la altura del recuerdo de su propio padre, sino que tenía que labrarse una carrera sólida para, algún día, poder facilitar el camino a sus descendientes.

Alguien llamó a la puerta y sacó a Tiberio de sus cavilaciones. El *paterfamilias* dio permiso para que quien estuviera al otro lado entrara en el *tablinum*.

Pertinax abrió la puerta con prudencia y se asomó al interior.

—Este era el último cliente de la mañana —dijo el esclavo.

En aquellos seis años, Pertinax también había cambiado mucho. El joven siervo consagrado al cuidado de un Tiberio niño y adolescente se habían convertido en un hombre maduro al que su amo había nombrado atriense de la *domus* desde el primer día en el que se mudó a ella con su nueva esposa. De aquel modo, Pertinax pasó a ser la cabeza rectora de la compleja organización de aquella casa y el hombre en quien Tiberio confiaba todos los asuntos domésticos, ámbito cuya gestión el esclavo compartía con Claudia, la *domina* de aquel hogar. Pertinax, acostumbrado como estaba a la rigidez estricta de Cornelia, había dudado en un primer momento acerca de cómo sería su relación con su

siones junto a Apio Claudio o Escipión Emiliano. Pero, desde que asumió el cargo de atriense, sus obligaciones lo mantenían atado a la casa y ya no podía dedicarse a escoltar a su amo por las calles de Roma.

Una vez Tiberio estuvo vestido con la compleja toga, fue a despedirse de Claudia y de su hijo pequeño; el mayor había salido con su tío Cayo al Campo de Marte para practicar la equitación desde primera hora de la mañana. Entró en la estancia que Claudia solía elegir para leer, tejer o pasar tiempo con sus hijos, y se los encontró a los dos junto a una esclava muy joven. El pequeño Tito, de cuatro años, jugaba con un caballo de madera con ruedas del que se podía tirar con una cuerda. Al ver a su padre sonrió y le tendió los brazos. Tiberio cogió a su hijo y le besó. Después, se dirigió a Claudia, que estaba sentada en una silla de pinza, y la besó también a ella en la mejilla.

Aquellos eran simples gestos que Tiberio había tenido que aprender desde que se había casado con Claudia, ya que, en su casa, regida por la estricta Cornelia, los besos y los abrazos brillaron por su ausencia. Fue Claudia quien, poco después de la noche de bodas, le reprochó a Tiberio, con dulzura pero con auténtica preocupación, su tendencia a ser despegado y frío. Ella misma procedía de un hogar, el de los Claudios, en el que las relaciones entre los miembros de la familia eran mucho más cálidas y afectuosas. Tiberio, que nunca antes se había planteado que las cosas fueran de otra manera, se sorprendió, pero hizo grandes esfuerzos para dejar atrás aquellas costumbres heredadas de sus propios padres. En pocos meses se convirtió en un esposo cercano y cariñoso que no dudaba en besar a su mujer en la mejilla aunque hubiera esclavos presentes. Cuando nacieron sus hijos mantuvo aquella nueva forma de ser con la que

se sentía mucho más cómodo y que, estaba convencido de ello, haría de sus niños criaturas mucho más felices. Porque si algo había en el mundo que Tiberio pudiera reprochar a sus padres era precisamente aquella falta de afecto con la que tanto él como sus hermanos Sempromnia y Cayo habían crecido.

—¿Vendrás a cenar? —preguntó Claudia.

—Es probable que la sesión se alargue hasta la puesta de sol, por lo que es mejor que no me esperéis. Parece ser que uno de los tribunos de la plebe va a hacer una propuesta de ley sobre el asunto de las levas. El debate será largo.

—Saluda a mi padre de mi parte. Tal vez podríamos invitarle a cenar una noche.

—¿Con su nueva esposa? —dijo Tiberio con sorna. Claudia hizo un mohín de fastidio.

Apio Claudio Pulcro también había pasado seis años muy agitados desde que Tiberio regresara de África. Tras haber alcanzado el consulado y haberse puesto al frente de las legiones que lucharon contra los celtas del norte, el Senado, en un movimiento orquestado por Escipión Emiliano y los suyos, le había prohibido la celebración del triunfo, alegando que aquella victoria no era merecedora de tan gran honor. Sin embargo, Claudio, lejos de arredrarse, ignoró aquella decisión y se presentó en el Campo de Marte con todas sus tropas, dispuesto a celebrar su triunfo le pesase a quien le pesase. En el momento en el que cruzó el *pomerium* montado en su carro, uno de los tribunos de la plebe intentó obligarle a bajarse, haciendo uso de sus poderes y su carácter sagrado, pero Apio, que había previsto algo así, lo esquivó haciendo que le acompañara en el vehículo su hija mayor, una sacerdotisa de Vesta. El carácter sagrado de las vestales, tan importante como

el de los tribunos de la plebe, impidió que nadie tocara a Apio Claudio, ya que corrían el riesgo de que se pensara que habían agredido a una sacerdotisa, algo considerado un terrible sacrilegio. Y, de aquel modo, el suegro de Tiberio consiguió celebrar su triunfo y desfilar con sus tropas hasta el templo de Júpiter en el Capitolio.

Aquel gesto tan polémico fue tan aplaudido por los seguidores de Claudio como criticado por sus enemigos, con Escipión Emiliano a la cabeza. Se le acusó de burlar la autoridad del Senado, de quebrantar las leyes, de jugar con el carácter sagrado de las vestales en su provecho y de ignorar el de los tribunos de la plebe. Apio Claudio, pragmático como era, se limitó a dejar que el tiempo transcurriera hasta que otros problemas y escándalos sepultaron en el olvido el asunto de su triunfo.

Su vida doméstica en aquel tiempo también sufrió un grave varapalo al morir su esposa Antistia, la madre de Claudia. Aunque el noble senador guardó el luto marcado por la tradición, el hecho de tener un único hijo varón, también llamado Apio, hizo que temiera por la perpetuación de su estirpe. Claudio sentía pánico ante la idea de que le ocurriera lo mismo que otras casas nobles, que se habían extinguido al morir todos sus descendientes varones. El joven Apio era además un adolescente de tendencia enfermiza, por lo que su padre, al quedar viudo, no tardó en tomar una determinación: debía buscar una nueva esposa.

La decisión de Apio Claudio fue aceptada por el resto de la familia, como no podía ser de otra manera, pero lo cierto era que a sus dos hijas, Claudia la vestal y Claudia la esposa de Tiberio, les habría gustado que su padre se limitara a seguir con su vida y ejerciera de abuelo en lugar de andar persiguiendo a cualquier jo-

vencita. Claudio, sin embargo, aún no había cumplido los cincuenta años y se sentía perfectamente capaz de engendrar al menos un hijo más, de modo que ignoró las malas caras de sus hijas y buscó una esposa para compartir la que sería la última etapa de su vida.

La encontró en la hija menor de Cneo Fonteyo, un senador de escasa fortuna y nombre poco conocido que se mostró encantado de emparentar con la noble casa de los Claudios Pulcros. Fonteya era más joven que las dos Claudias, pero desde la boda se convirtió en la madre de ambas y estas se vieron obligadas a tratarla como tal. Por suerte para la estabilidad de la familia, la Claudia vestal vivía con las otras sacerdotisas en la casa pública destinada para ellas y la hermana menor ya se había mudado con su esposo, por lo que las tres mujeres jamás tuvieron que compartir un mismo techo. La boda se celebró a comienzos de aquel mismo año y la única consecuencia visible fue que las visitas de las dos hijas a casa de su padre se redujeron considerablemente.

—Si no hay más remedio... —dijo Claudia con resignación.

—Es una buena mujer. Y hace feliz a tu padre, no deberías ser tan dura con ella.

De hecho, Fonteya no solo hacía feliz a Apio Claudio, sino que el nuevo matrimonio se había entregado de inmediato y con pasión a la labor de engendrar nuevos hijos. La renovada vida de alcoba del cincuentón Claudio se convirtió pronto en la comidilla de los esclavos, que comentaron con los siervos de otras casas que con aquella actividad sexual Fonteya no tardaría en quedarse embarazada y en aportar nuevos miembros a la *gens Claudia*.

Tiberio, que quería a su suegro casi como a un padre, veía con indulgencia aquel enamoramiento y trata-

ba de hacer ver a su esposa que no solo no hacían mal a nadie, sino que todo aquello redundaría en un engrandecimiento de sus propias casas.

—Mi casa ya es lo bastante grande. Tengo un hermano varón, aunque mi padre se empeñe en no recordarlo —decía Claudia a menudo con tono de disgusto.

Tiberio, que no quería entrar en polémicas con su por lo habitual comprensiva y dulce esposa, se encogía de hombros. Su propia relación con Apio Claudio el joven no era especialmente estrecha. A diferencia de su padre, que era un hombre enérgico y cargado de carisma, el joven Apio pasaba mucho tiempo en la cama, aquejado de dolores de estómago y fuertes diarreas. A sus veinte años todavía no había comenzado su carrera militar debido a estos problemas de salud, algo que, aunque su padre no lo reconocía abiertamente, generaba un gran disgusto en su casa.

—Le diré a tu padre que venga a cenar mañana, entonces.

—De acuerdo, pero nada de retiraros vosotros dos a hablar de vuestras cosas. No quiero que me dejes a solas con ella. Podría ser mi sobrina, pero tengo que tratarla como a una madre...

—Si eres capaz de quedarte a solas con Cornelia, puedes tratar con una jovencita como Fonteya —dijo Tiberio con sorna—. Y ahora me marchó.

Tiberio dio otro beso a su esposa, revolvió el pelo de su hijo y se dirigió a la puerta principal de la *domus*, donde el enorme Clito, el esclavo celta que Tiberio había heredado de la casa de su padre, le esperaba.

—¿Listo?

El siervo, cuya musculatura y porte no habían mermado desde los tiempos en los que había viajado a África con su amo, asintió y se situó tras él. Sabía que a

Tiberio no le gustaba que los esclavos caminaran por delante, abriéndole paso, sino que prefería que fuera la propia gente de Roma la que, al reconocerlo, le franqueara el camino. Clito estaba solo presente por si alguien intentaba agredir a Tiberio, algo que jamás había ocurrido.

En la puerta de la casa aguardaba un grupo de clientes que, pese a que ya habían sido atendidos, esperaban a la salida del *paterfamilias* para acompañarlo por las calles hasta la Curia del Senado. Aquellos cortejos eran una señal del prestigio del noble a quien escoltaban. Su número, mayor o menor, era una forma de decirle al pueblo de Roma hasta dónde se extendían las redes de influencia de aquel aristócrata. Tiberio no se sentía especialmente cómodo con aquella comitiva siguiéndole casi cada día desde su casa al Senado o a las asambleas del pueblo, pero sabía que era el precio que debía pagar por tener una vida privilegiada.

3

La casa de Tiberio estaba a poca distancia del lugar en el que se alzaba la *domus* en la que había nacido y donde aún vivía su madre Cornelia. A Claudia le habría gustado no tener tan cerca a su estricta suegra, pero aquella era una batalla que había decidido perder para no tener un conflicto con su marido. De cualquier modo, Cornelia no era muy dada a las visitas: prefería que fueran sus hijos y sus nietos quienes acudieran a su propia *domus* a visitarla, algo que los pequeños Tiberio

y Tito hacían con frecuencia. La viuda, que tan fría y severa se había mostrado con sus propios hijos, se había ablandado al conocer a sus nietos y con ellos se permitía ser algo más cariñosa y permisiva.

Tiberio y su comitiva no tardaron en llegar al Foro Romano, que, a aquellas horas de la mañana, y al tratarse de un día de mercado, estaba atestado de gente. Como solía ocurrir, aquellos que reconocían a Tiberio le saludaban y le dedicaban sonrisas, y aunque su popularidad no era comparable a la de otros políticos de carreras más dilatadas, el joven se sentía satisfecho con ello. No había cumplido los treinta años, pero una parte considerable de la población de la ciudad había escuchado hablar de él y reconocía su rostro, y aquello era más de lo que podían decir muchos de los nobles de su edad.

Aunque la visión del enorme galo que seguía los pasos de Tiberio bastaba para disuadir a cualquiera que tuviera la tentación de tomarse excesivas confianzas con él, algunos romanos le estrechaban la mano con afecto y trataban de contarle algún problema o pedirle algún favor. Tiberio siempre reaccionaba siguiendo el ejemplo de su padre: escuchaba con benevolencia, sin detenerse en su camino, y recomendaba al demandante que pasara por su casa y expusiera el problema a su atriense. Aquella mañana eran muchos los nobles que habían acudido al Foro Romano debido a la reunión del Senado, por lo que Tiberio no recibió una atención excesiva.

Estaba a punto de llegar a las escaleras de la Curia, punto en el cual la comitiva de clientes solía disolverse, cuando un hombre alto, de pelo moreno y sonrisa amplia y radiante se acercó a él con mucha más confianza de lo que lo habría hecho cualquier otro transeúnte. Clito reaccionó de forma automática echando mano a

la porra que colgaba de su cinturón, pero se relajó en el momento en el que reconoció al personaje que se dirigía a su amo.

Tito Cluvio había cumplido su viejo sueño de dejar atrás la vida de campesino y mudarse a Roma. Después de haber finalizado su tiempo de servicio obligatorio en las legiones, el centurión vendió todas sus tierras y, con el dinero recibido, compró una pequeña casa en el barrio de la Subura. Allí, gracias al patrocinio de Tiberio Graco, que jamás olvidó la fidelidad que Cluvio le había demostrado bajo los estandartes en Cartago, abrió un establecimiento de importación y venta de vinos y otros productos. El antiguo centurión trajo consigo a sus dos hermanas y a su anciana madre, y él mismo no tardó en encontrar una buena esposa romana con la que se casó de inmediato. Aunque la vida como comerciante en Roma distaba mucho de ser todo lo idílica que había soñado, la protección y las recomendaciones de un patrón como Tiberio hicieron que el establecimiento de Cluvio no tardara en convertirse en un próspero negocio capaz de dar de comer a su familia; sin grandes lujos, pero sin pasar estrecheces. Como consecuencia, quien había sido un fiel oficial se convirtió en un cliente dispuesto a dar la vida por su patrón, el joven Tiberio Sempronio Graco. No había nadie en toda la Subura que defendiera con más pasión el nombre de Tiberio, llegando incluso en ocasiones a usar los puños y a desenvainar la daga si era necesario.

—Buenos días, *domine* —saludó el vendedor de vinos al acercarse a su patrón.

Tiberio le devolvió la sonrisa y le estrechó el brazo a su antiguo oficial. Lo que sentía por aquel hombre iba más allá de una simple relación de clientela entre un noble y un miembro de la plebe. Ambos habían lucha-

do, sangrado y sufrido juntos bajo los escudos mientras una lluvia de proyectiles letales caía sobre ellos. Aquello unía más que cualquier lazo social, incluso por encima de las diferencias de clase.

—Todavía estamos esperando esas ánforas de falerno de las que me hablaste —dijo Tiberio.

—No me hables de falerno. Si vieras lo que ese pirata de Arrio me envió... Tenía tanto de falerno como los meados de mi perro. ¿Cómo iba a enviar eso a la casa de Tiberio Graco? He conseguido otro proveedor y espero que este sí resulte fiable.

Tiberio asintió con indulgencia. Tito Cluvio ya dominaba el negocio de los vinos en lo que tocaba a los caldos baratos que despachaba a las tabernas y lupanares de la Subura. Pero en lo que se refería a vinos de calidad empezaba a crear una red de proveedores fiables que le permitieran abrirse camino entre la más selecta clientela noble de Roma, mucho más exigente en lo que a sus bodegas se refería. Apio Claudio, el suegro de Tiberio, era uno de los aristócratas romanos que más disfrutaban del vino de calidad, y gastaba importantes sumas en ello.

Se despidió de su amigo y comenzó a subir las escaleras de la Curia, dispuesto a ocupar su lugar en los bancos del interior. Un lugar que, por el momento, era secundario y discreto, ya que no había ocupado magistratura alguna. Tiberio aprovechaba aquel perfil bajo para observar todo lo que ocurría a su alrededor y tomar buena nota de ello para aprovecharlo en su propio beneficio.

Clito se hizo a un lado cuando llegaron a las enormes puertas de la Curia. Algunos senadores, especialmente los más ancianos, hacían que sus siervos los acompañaran al interior para servirles de asistentes. Tiberio,

en cambio, prefería que el enorme celta se quedara fuera hasta que todo hubiera terminado. Al fin y al cabo, no había nada que temer en aquel edificio, rodeado de senadores que en el peor de los casos podían enzarzarse a puñetazos unos con otros, sin llegar a hacerse auténtico daño. Hacía mucho tiempo que los anales no recogían una auténtica agresión en el interior de la Curia y Tiberio se sentía en aquel lugar completamente a salvo.

La Curia Hostilia era una edificación construida en tiempos de los reyes que se había conservado más por la fuerza de la tradición que porque siguiera siendo adecuada para las necesidades del Senado. Se habían hecho reformas, pero aquel espacio empezaba a quedarse pequeño en tamaño y resultaba oscuro y feo en lo estético, sobre todo en comparación con algunos templos y basílicas que se habían construido desde la guerra contra Aníbal. Por ese motivo, cada vez eran más los magistrados que preferían convocar al Senado en otros espacios en lugar de hacerlo en el edificio que el rey Tulo Hostilio había levantado hacía siglos. Aquellas decisiones innovadoras y modernas, desde luego, no eran bien vistas por los senadores más conservadores, entre cuyas filas se contaban los cónsules de aquel año, Décimo Junio Bruto y Publio Cornelio Escipión Nasica.

Tiberio observó que los dos cónsules ya estaban ubicados en su lugar, la tarima ubicada en el centro de la Curia sobre la que se disponían las dos sillas curules, símbolo de su poder y autoridad. Tras ellos se situaron los lictores, que ostentaban las *fascas*, los haces de varas unidas por tiras de cuero, y que escoltaban a los cónsules allá donde fueran durante su año de mandato. En aquel momento los dos magistrados charlaban con algunos de sus amigos y partidarios, ultimando los puntos que se iban a tocar en aquella sesión y la postura que

cada uno de ellos iba a tomar. Tiberio los observó con disimulo desde la entrada de la Curia.

Nasica era un hombre alto, con el cuello largo y cabellos muy finos que peinaba sobre dos prominentes orejas. Por su familia paterna descendía de una rama de los Escipiones distinta de la del Africano, pero su madre era Cornelia la Mayor, hija del propio Escipión, por lo que Nasica era tan nieto de este como el mismo Tiberio. Cornelia, la madre de Tiberio, nunca había tenido una relación muy estrecha con su hermana mayor, por lo que ni este ni sus hermanos veían a Nasica como un primo. De hecho, su relación era tan distante que nadie habría dicho que compartían la misma sangre. La razón era simple: tanto Escipión Nasica como su padre, Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo, eran senadores extremadamente conservadores que siempre habían visto la política de Tiberio Graco padre como una imperdonable desviación del camino que debía seguir la *res publica* romana. Nasica, en consecuencia, miraba a los Sempronios Gracos con un desprecio abierto que se extendía a la facción de Apio Claudio Pulcro, especialmente desde que este impuso al Senado la decisión de celebrar un triunfo recurriendo como artimaña a la protección de su hija vestal.

Décimo Junio Bruto era más bajo que su colega, pero su físico resultaba mucho más espectacular. Bastaba echar un vistazo a la anchura de su pecho y hombros y a la musculatura de sus brazos para darse cuenta de que era un hombre acostumbrado a la actividad física: a pesar de ya haber superado los cuarenta años, no había dejado que la molicie se apoderara de él. Décimo Bruto no era un político de salón, como muchos otros senadores, sino un hombre de acción que desde su más tierna juventud se había entregado a la vida militar con autén-

tica pasión. Las magistraturas no significaban para él poder político, sino la posibilidad de obtener un mando militar con el que acrecentar su gloria y la de Roma. Las reuniones del Senado le aburrían y le indignaban por sus rodeos, gestos y protocolos. En aquellos momentos, Bruto solo tenía una idea en mente: completar las levadas para poder partir y ocupar su puesto al mando de la Hispania Ulterior, donde había amplios territorios por conquistar y tribus indómitas a las que someter por las armas.

Pese a las diferencias físicas y de carácter que había entre los cónsules, ambos tenían en común un carácter extremadamente conservador y un respeto rayano con lo paranoico hacia las instituciones de la *res publica* y el *mos maiorum*. Para ellos, el Senado era y debía seguir siendo el órgano rector, mientras que los magistrados y los comicios debían someterse a su autoridad. Por supuesto, despreciaban a aquellos que pensaban que el pueblo de Roma debía tener más peso en el gobierno del Estado.

Cuando se eligió a aquellos dos hombres para el consulado, todos en Roma habían comentado que había que remontarse muchas décadas atrás para encontrar una pareja de cónsules tan conservadora y que, en algunas de sus posturas, incluso habrían dejado al viejo Catón como un peligroso revolucionario. No sería un año sencillo para los políticos con mayor amplitud de miras.

—Nuestros cónsules han llegado temprano —dijo una voz.

Tiberio se dio la vuelta y se encontró con su suegro, Apio Claudio Pulcro, radiante con su toga blanca con banda púrpura y una sonrisa igual de brillante. Desde que se había salido con la suya en el asunto del triunfo y, sobre todo, desde que su nuevo matrimonio había

resultado ser un tónico rejuvenecedor, Claudio parecía haber perdido veinte años y a su alrededor irradiaba una enorme energía positiva. Con esto conseguía que los miembros de la *factio* que encabezaba se sintieran más seguros y, al mismo tiempo, irritaba profundamente a sus adversarios.

Junto a él llegaron otros dos senadores cuyos rostros evidenciaban que estaban unidos por algún tipo de parentesco. En efecto, Publio Mucio Escévola y Publio Licinio Craso Muciano eran hermanos de sangre, pero el segundo, más joven, había sido adoptado por la *gens* Licinia, adoptando así su *nomen*. Escévola y Craso eran los colaboradores más estrechos de Claudio desde mucho tiempo atrás, una unión que se había fortalecido con el matrimonio del más joven con Claudia, la hermana de Apio. Ambos contaban con fulgurantes carreras a sus espaldas y, rondando los cuarenta años, habían alcanzado las magistraturas que se suponía que les correspondían en la edad adecuada. Escévola era considerado además el mejor jurista de su generación y eran muchos, incluso los rivales de la facción de Claudio, los que le consultaban asuntos legales muy complejos o enrevesados. Se mostraba siempre encantado de resolver aquellas dudas, ya que los temas jurídicos eran su gran pasión, por encima incluso de sus intereses políticos y sus rivalidades. Craso, por su parte, destacaba por su habilidad oratoria y por unos discursos en los que hacía uso de un sentido del humor punzante y sarcástico.

Tiberio conocía a los dos hermanos desde la niñez, ya que siempre habían formado parte del grupo de Apio Claudio y, en consecuencia, habían tratado también a su propio padre y visitado con frecuencia su casa. La relación con ellos se estrechó en particular desde su matrimonio con Claudia, hasta el punto de que eran raros

los días en los que no se encontraba en algún momento bien con Escévola, bien con Craso o con ambos. De hecho, Tiberio ya había comenzado las negociaciones para que su propio hermano Cayo se casara con una de las hijas de Craso, una muchacha llamada Licinia. Aunque aún no le había planteado aquel asunto a su madre Cornelia, que seguía actuando a efectos prácticos como cabeza de familia, confiaba en que aquel enlace llegara a buen puerto y, así, la relación de los Gracos con el grupo político al que pertenecían se consolidara aún más.

—¿De qué creéis que hablarán hoy? ¿Habrás sorpresas?

Escévola negó con la cabeza.

—Apuesto todo mi patrimonio a que estaremos debatiendo hasta la puesta de sol sobre las levas y la situación de los ejércitos en Hispania.

—Apuestas sobre seguro, hermano —respondió Craso.

A pesar de que legalmente ya no estaban unidos por vínculos familiares, los dos seguían tratándose como si aún fueran hermanos.

—Ocupemos nuestros asientos —dijo Apio Claudio, y todos le siguieron.

La *factio* de Claudio ocupaba la parte más baja de las gradas, en el lado izquierdo de la estancia. El propio Claudio se sentaba en primera fila, en medio de todos sus partidarios, en un lugar desde el que todos los presentes podían verle y desde el que podía dirigirse a los cónsules directamente. El banco de los tribunos de la plebe, ocupado por los diez hombres que cada año desempeñaban esta magistratura, estaba ubicado muy cerca del espacio en el que se sentaban Claudio y los suyos.

Poco a poco, la Curia se llenó. Los senadores que procedían de familias menores, los que no habían de-

sempeñado las altas magistraturas o los que eran demasiado jóvenes se colocaban en la parte alta de las gradas, y muchos de ellos debían permanecer de pie debido al escaso espacio. Las gradas más bajas estaban reservadas para aquellos que ya habían sido cónsules o al menos pretores, y solían ser estos senadores los que monopolizaban los debates con intervenciones más largas.

Mientras Claudio charlaba con Craso y Escévola, Tiberio observó al resto de los senadores. Todos ellos lucían las togas con una franja coloreada, símbolo de su estatus, pero en poco tiempo comenzaría la campaña electoral y todos los candidatos que pretendieran competir por un cargo cambiarían aquellas togas por otras de color completamente blanco, propias de quienes querían mostrar al pueblo que su virtud era completa y que eran dignos de ser cuestores, ediles, pretores o cónsules. El propio Tiberio sería uno de ellos, ya que aspiraba a la cuestura.

El joven senador vio en ese momento la entrada de dos personajes no muy altos y con una fisonomía que denotaba su gusto por la buena vida y los placeres. Los hermanos Hostilio Mancino se parecían mucho físicamente, ya que ambos tenían cabezas redondas y escasos cabellos, pero su actitud no podía ser más diferente. Lucio se movía por Roma como si fuera el mismo Rómulo, mirando con desprecio tanto a la plebe como incluso a senadores que por categoría eran superiores a él. La humillación a la que Escipión Emiliano le había sometido durante la guerra contra Cartago solo sirvió para potenciar su carácter orgulloso y soberbio. Desde aquel episodio, Mancino se había dedicado a contar a todo el mundo cómo había estado a punto de conquistar la muralla púnica con sus naves y cómo la cobardía de aquel al que todos conocían ya como el Africano lo

había echado todo a perder. El pueblo de Roma siempre estaba dispuesto a escuchar una buena historia y de algún modo Mancino logró que una parte de los electores creyeran sus patrañas y lo eligieran cónsul unos años atrás. Desde entonces, aquel aristócrata engreído se comportaba como si fuera el padre de la patria, pero en ocasiones resultaba mucho más ridículo que digno.

Su hermano Cayo, por el contrario, parecía ser la otra cara de la moneda. Siempre tenía una palabra amable y sonreía al resto de senadores, con independencia de su alineación en un bando o en otro. Hablaba en un tono bajo y en las escasas ocasiones en las que daba su opinión, se mostraba moderado y cauto. Este carácter bondadoso y humilde era tomado por muchos como síntoma de estupidez y debilidad. Si a Lucio Hostilio se le despreciaba por su soberbia, Cayo recibía el mismo trato por todo lo contrario.

Los hermanos Mancino se sentaron en primera fila, en un lugar intermedio propio de aquellos senadores que no pertenecían a una facción determinada. Tiberio pensó con pena y un punto de angustia que aquel era el mismo espacio que había ocupado su propio padre, capaz de ser amigo de todos sin comprometerse por completo con ninguno. Una política que el viejo Tiberio Graco había pretendido que su hijo continuara, pero que él ya en sus primeros pasos había constatado que no era capaz de gestionar.

Los dos cónsules se pusieron en pie para indicar que comenzaría la sesión. Los senadores se apresuraron a ocupar sus espacios y, poco a poco, se hizo el silencio en la gran estancia. Escipión Nasica dio un paso al frente y se dispuso a hablar, pero un último grupo de togados hizo acto de presencia y le robó la atención de los presentes.

El grupo de recién llegados estaba liderado por un senador alto y de complexión fornida, con el rostro cubierto por una barba cuidada y recortada que muchos romanos conservadores miraban con desprecio y recelo como muestra de una excesiva admiración por los gustos y las modas griegas y orientales. A pesar de que se mantenía con un cuerpo delgado y de que su piel bronceada mostraba el tiempo que dedicaba al ejercicio físico, su rostro denotaba que avanzaba con paso firme hacia la cincuentena. Publio Cornelio Escipión Emiliano, conocido por todos con el sobrenombre de su abuelo adoptivo, Africano, se detuvo en la entrada de la Curia Hostilia y con gesto calculado y teatral miró a todos los senadores que ya estaban sentados. Tras haber alcanzado el consulado y la censura, y haber celebrado uno de los triunfos más sonados que se recordaban por su victoria sobre Cartago, aquel hombre era sin lugar a dudas el astro que más brillaba en el firmamento de la *res publica*. El sueño del hijo de Emilio Paulo se había hecho realidad: Escipión Emiliano era considerado por muchos el primer hombre de Roma.

Sin embargo, aquella primacía distaba mucho de ser incontestable. A pesar de su prestigio y su influencia, de su riqueza y de su enorme red de clientela, eran muchos los senadores que se oponían a Escipión y que bloqueaban por sistema cualquier proyecto de ley o reforma destinado a beneficiarle a él o a los suyos. Y dentro de aquellos rivales, la *factio* de Apio Claudio ocupaba un papel destacado.

Tiberio observó la entrada de su primo y, al igual que la mayor parte de los senadores, pensó que Escipión había elegido el momento a propósito para convertirse una vez más en el centro de atención. Tras haber alcanzado el cargo de censor y haberlo ejercido con rigor,

Emiliano había partido junto con otros senadores a una embajada a las ciudades griegas y los reinos orientales para representar y defender los asuntos de Roma. Sin embargo, a su vuelta, se encontró con que ya no había ninguna magistratura por la que luchar ni guerra alguna de importancia en la que combatir. En consecuencia, se vio arrastrado a una actitud casi histriónica de gestos y representaciones para demostrar, a sí mismo y a los demás romanos, que seguía siendo el hombre más importante de la *res publica* y que, aunque fuera un ciudadano privado, continuaba siendo el más poderoso.

—El gallito emplumado ha llegado —comentó Craso. Su hermano Escévola rio en voz baja—. Y detrás vienen todas sus gallinitas.

Siguiendo los pasos de Escipión entraron en la Curia los miembros más íntimos de su círculo, con Cayo Lelio a la cabeza. Este, a diferencia de su gran amigo, había envejecido en los últimos años de forma más evidente. Su cintura había ensanchado y su rostro comenzaba a colgar fofo y blando. Poco amigo del ejercicio, en cuanto su tiempo en las legiones hubo acabado, Lelio se consagró a la literatura, la política y otras actividades sedentarias, con lo que su cuerpo acabó por resentirse. Durante su consulado estuvo a punto de aprobar una ambiciosa ley agraria que contemplaba repartos de tierras a la plebe, pero la presión de otros senadores le hizo recapacitar y acabó por retirarla. Como consecuencia, en Roma empezaron a conocerle con el cognomen de *Sapiens*, el sabio, no se sabía bien si como un reconocimiento a su prudencia o como una mofa de su cobardía. La mirada de Lelio se cruzó fugazmente con la de Tiberio y ambos se sonrieron con disimulo. Aunque eran enconados rivales políticos, los dos senadores no podían evitar que una cierta simpatía, rescoldo de lo

que en su momento fue una sincera amistad, siguiera viva entre ellos.

Escipión atravesó el centro de la Curia junto con sus partidarios y, tras hacer un gesto a los cónsules que podía entenderse como una disculpa o como un permiso condescendiente para empezar la sesión, ocupó su lugar, justo frente a los asientos de Claudio y los suyos.

Tiberio observó que entre los últimos senadores que seguían a Escipión estaba Publio Satureyo, el tribuno que había caído en desgracia en Cartago por su cobardía en combate y que, de algún modo, había logrado ganarse de nuevo el favor de Emiliano y su círculo. Cuando todos se hubieron sentado, Tiberio se percató de una ausencia que le llamó la atención: Marco Octavio no estaba con ellos.

No tuvo tiempo de recrearse en aquel pensamiento, ya que, libre por fin de interrupciones, el cónsul Nasica inició la sesión de aquel día. Dio un paso al frente y elevó un brazo para dar énfasis a sus palabras.

—Padres conscriptos —comenzó a decir—, inauguro esta sesión del Senado en la que solo hablaremos de un tema. Un único tema, crucial para nuestra *res publica*. Como cada año, cuando el invierno llega a su fin es el momento de anunciar las levas para formar las nuevas legiones que se unirán a nuestros veteranos en las provincias y otros lugares. La ley es muy clara al respecto y dice que todos los ciudadanos romanos, sin excepción alguna, han de servir bajo los estandartes durante una cantidad mínima de años en el cuerpo que les corresponda según su centuria. Así se ha hecho desde los tiempos en los que el rey Servio Tulio creó esta organización. —Carraspeó—. Así se ha hecho durante siglos, senadores, y... es más, yo digo que esta y no otra ha sido la causa de que Roma se haya convertido en la potencia que es hoy. ¿Cómo destrui-

mos Cartago sino con nuestras legiones de ciudadanos?
¿Cómo tomamos Corinto sino con nuestros soldados?
¿Cómo devolvimos a la obediencia a ciudades como Capua sino con estrictas levadas anuales?

Los seguidores de Nasica aplaudieron tímidamente y en este caso fueron acompañados de otros como el propio Escipión Emiliano o los hermanos Mancino. Todos ellos eran convencidos conservadores que rechazaban de plano cualquier propuesta que sonara de forma remota a reforma en las instituciones.

—Es necesario, por tanto, que esta cámara en bloque apoye a los cónsules sin fisuras en su intento de completar las levadas. Todos sabemos que el servicio militar no es agradable ni atractivo. Son años duros, de grandes sacrificios, lejos de nuestras casas y de nuestras familias. ¡Pero es en las grandes dificultades donde se forja el carácter duro e indómito de Roma! ¿Acaso queremos que la mollicie propia de los orientales y otros pueblos se apodere del espíritu de nuestros ciudadanos? ¿Es eso lo que queremos, senadores? ¿Blandos y afeminados individuos incapaces de empuñar la espada y de empujar el arado?

Se escucharon varios noes entre los senadores, lo que animó a Nasica a continuar con su discurso.

—¡Pues eso es lo que tendremos si ampliamos la exención en las levadas, si permitimos que el servicio militar sea más corto, más cómodo, más llevadero! ¿Y qué será lo próximo, me pregunto yo? ¿Qué será lo próximo, senadores? ¿Dejar de llamar a filas a los ciudadanos y empezar a contratar mercenarios que luchen por una paga en lugar de por la defensa de la patria? ¿Es eso lo que pretenden los que hablan de exenciones en las levadas? ¿Unas legiones compuestas por mercenarios que se volverían contra nosotros cuando apareciera un enemigo capaz de pagar más?

Se oyeron algunos murmullos.

—¡No es esta una pregunta retórica, padres conscriptos! Es una pregunta que requiere una respuesta. Y por eso se la hago directamente a este tribuno de la plebe, a este Cayo Curiacio que tanto ha deshonrado a esta cámara con sus discursos ante el pueblo. ¡Levántate, tribuno, y atrévete a repetir aquí lo que has dicho hace unos días ante lo peor del pueblo romano!

El aludido se puso en pie lentamente mientras sostenía la mirada acusadora del cónsul. Sentado en uno de los extremos del banco de los tribunos, le bastó con dar un paso a un lado para separarse del resto de sus colegas. Los otros tribunos se movieron nerviosos en el banco, expectantes ante la respuesta que se disponía a dar.

Cayo Curiacio ya no era un hombre joven. Había cumplido los cincuenta años, una edad en la que los nobles romanos más ambiciosos ya pensaban en el consulado o la censura. Él, sin embargo, procedía de una familia de nombre antiguo pero de escasa fortuna, y solo había logrado ser cuestor unos años antes, quedando entre las últimas posiciones en las elecciones. Un senador, por tanto, llamado a la insignificancia y a no dejar rastro alguno en los anales de Roma, y así habría sido de no haber comprendido que existía una ruta que podía transitar para aumentar su prestigio y su influencia: el camino de las asambleas del pueblo.

Curiacio conocía bien Roma y, sobre todo, conocía bien a las clases más bajas. De joven se había aficionado a las tabernas de los barrios populares, una costumbre que estaba mal vista en los senadores más conocidos, pero que él, que solo logró entrar en el Senado con cuarenta años, se pudo permitir. Durante años escuchó las conversaciones de los hombres sincerados al calor del vino y la camaradería; oyó sus charlas sobre sus miedos, inquietudes, odios y pasiones. Y tomó muy buena nota.

Tras su elección como tribuno de la plebe, investido de los enormes poderes de esta magistratura, Curiacio decidió que había llegado el momento de utilizar todo lo que había aprendido. Durante años había prestado sus oídos a la plebe. Había llegado el momento de convertirse en su voz.

—Agradezco a nuestro honorable cónsul que me dé la oportunidad de hablar en la Curia. ¡Y nada menos que en segundo lugar! Sin duda, nuestro querido Serapión... quiero decir, nuestro querido Publio Cornelio Escipión Nasica teme que el pueblo de Roma no esté dispuesto a aceptar más abusos sobre sus derechos como ciudadanos.

Una parte de los senadores prorrumpió en carcajadas. El rostro del cónsul enrojció al escuchar el apodo con el que el tribuno acababa de llamarle. Aquel mote de «Serapión» se lo había puesto precisamente el mismo Curiacio a comienzos de aquel año, cuando, por motivo de una disputa por una ley de repartos de trigo que el tribuno pretendía aprobar, Nasica desplegó toda su dialéctica para lograr que el Senado se opusiera a ella. Curiacio respondió con un discurso ante la plebe cargado de sarcasmo en el que hizo referencia al parecido del cónsul con un matarife que solía participar en los sacrificios públicos y que tenía de nombre precisamente Serapión. Dado que el parecido era muy real, la plebe estalló en carcajadas y Escipión Nasica pasó a ser conocido por todos como Serapión, un nombre que cuajó todavía más cuando el pueblo, siempre inclinado hacia la crueldad con el poderoso, constató que el magistrado se ofendía visiblemente cuando se le llamaba así.

—Porque, padres conscriptos, el pueblo está cansado —continuó el tribuno—. Cansado de que todo el peso de la guerra, de las largas campañas a miles de

millas de sus casas, siempre recaiga sobre sus espaldas. Cansado de luchar y sufrir bajo los estandartes para obtener botines que no alcanzan ni para pagarse la armadura. Cansado de oficiales ineptos que solo piensan en llenar sus arcas y regresar a Roma más ricos de lo que sus legionarios podrían ser en cien vidas.

Levantó una mano ante los murmullos de varios senadores.

—Sí, todos entendemos que las legiones necesitan hombres. ¿Pero es necesario que estos hombres sirvan lejos de sus casas hasta casi las puertas de la vejez? ¿Qué tiempo les dejamos para que sean campesinos, para casarse, para tener hijos? ¡Porque Roma, padres conscritos, necesita soldados, sin duda, pero también necesita campos cultivados! ¡Roma necesita padres que engendren los hijos que se convertirán en los nuevos ciudadanos! ¿Quién trabajará las tierras? ¿Quién engendrará una prole si todos nuestros ciudadanos están en Hispania, en África, en la Galia?

—¡Que lo hagan los esclavos! —gritó un bromista anónimo desde las últimas filas, sin conseguir que ningún senador le siguiera el juego con risas cómplices. Aquel era un tema serio que amenazaba con convertirse en una auténtica disputa política entre un cónsul y un tribuno de la plebe.

—Por este motivo —continuó Curiacio—, y como muy bien ha dicho nuestro cónsul, me dispongo a presentar una ley ante la asamblea del pueblo que contemple la posibilidad de que cada tribuno de la plebe pueda eximir a un número determinado de ciudadanos de ser llamado a filas. ¡Y presentaré esta ley con o sin la aprobación previa de esta cámara!

Aquella afirmación desató el caos en la Curia. Bruto se levantó junto a su colega consular y los dos co-

menzaron a gritar amenazas, señalando a Curiacio, que a su vez trataba de continuar con su discurso. Ni las palabras de unos ni las del otro fueron escuchadas, ya que el resto de los senadores se sumaron al griterío con sus improperios, amenazas y exclamaciones indignadas. Los otros nueve tribunos de la plebe se enzarzaron entre ellos en una acalorada discusión, a favor o en contra de la propuesta de su compañero.

Al ver que no conseguiría reinstaurar el orden por medio de la palabra, el cónsul Bruto bajó de su estrado y se dirigió hacia el banco de los tribunos de la plebe para encararse con Curiacio. El tribuno le aguardó con una sonrisa desafiante en el rostro, como si aquella reacción de uno de los cónsules fuera justo lo que esperaba. El rostro de Bruto estaba rojo de ira y llevaba los puños apretados. Fueron varios los senadores que, al ver al cónsul caminar de ese modo hacia uno de los tribunos, contuvieron la respiración, alarmados. Una agresión física contra un tribuno de la plebe, por pequeña que fuera, suponía un sacrilegio, un atentado contra la inviolabilidad de la que estos magistrados estaban investidos desde que se creara el cargo poco tiempo después de la expulsión de los reyes. Cualquier ciudadano que osara alzar la mano contra un tribuno de la plebe era declarado maldito de inmediato, de modo que cualquiera podía ejecutarlo sin temor a represalias legales. Los bienes del desgraciado y los de toda su familia eran además consagrados al templo de Ceres en el Aventino, la divinidad plebeya por antonomasia.

Bruto llegó hasta donde estaba Curiacio y comenzó a gritarle mientras hacía grandes aspavientos. El tribuno se limitó a mirar a su oponente a los ojos sin borrar la sonrisa de su rostro, con una actitud tranquila pero claramente desafiante. Fue en ese preciso momento cuando

Nasica llegó hasta donde estaba su colega y le agarró del brazo derecho antes de que este pudiera levantarlo para descargar un golpe.

—¿Estás loco? ¿Quieres que tu cuerpo acabe flotando en el Tíber? —dijo en voz baja—. ¡Es un tribuno de la plebe!

—Tribuno o no, alguien debería borrarle esa sonrisa de su cara de rata...

—No mientras siga investido de sus poderes sagrados.

Nasica obligó a su colega a que se diera la vuelta y le mirara cara a cara. Este, más fuerte, acabó por ceder. A su alrededor todo eran gritos, amenazas y discusiones, pero ningún senador se atrevía a pasar a la violencia física.

—Disuelve la reunión —dijo Bruto al fin—. Veremos si tiene redaños para presentar esa ley.

Tiberio Graco y sus compañeros de *factio* se mantuvieron relativamente tranquilos durante el altercado. Aunque todos ellos sentían una cierta curiosidad por la ley sobre la que Curiacio había hablado, como senadores con autoridad que eran no podían aprobar abiertamente que un tribuno desafiara de aquel modo al Senado y amenazara con saltarse la antigua costumbre de que cualquier *rogatio* fuera aprobada por los *patres* antes de ser llevada a la asamblea del pueblo. Claudio y los suyos se pusieron en pie, dieron algunos gritos, hicieron gestos, pero no se significaron como partidarios ni como opositores del tribuno de la plebe. Cuando finalmente Nasica disolvió aquella reunión cuyo control había perdido por completo, la facción de Claudio fue la primera en abandonar la Curia mientras otros senadores permanecían en el interior gritando y amenazándose.

Tras apartarse unos pasos de la escalinata principal, en busca de algo de calma y silencio, Tiberio y Apio

charlaron unos instantes sobre lo que había ocurrido aquella mañana y se dispusieron a despedirse.

—Ven mañana a cenar a casa —dijo Tiberio—, podremos hablar con más calma. Trae a tu esposa.

—¿Está Claudia de acuerdo con esta invitación? —preguntó Apio, que era plenamente consciente de la animadversión que su hija sentía hacia su nueva mujer.

Tiberio asintió al tiempo que hacía un gesto con la mano. «Déjalo de mi cuenta», quiso decir.

—Allí estaré entonces.

—Mi proveedor me ha prometido un vino de primera. No te arrepentirás.

Suegro y yerno se estrecharon los brazos y, tras despedirse también de Craso, Escévola y los demás miembros de su grupo, partieron en direcciones opuestas. Tiberio, escoltado una vez más por Clito, no regresó a su casa. Tenía una visita que hacer.

4

Marco Octavio no pudo evitar reír.

—Lamento habérmelo perdido. Nasica enfadado es siempre un espectáculo digno de verse.

Dio un pequeño sorbo de su copa de vino. A pesar de sentirse indispuerto y de la fiebre que le debilitaba, había insistido en compartir la bebida con su invitado. Tiberio, que en un primer momento planeó aquella visita como un encuentro fugaz para comprobar el estado de salud de su amigo, acabó por aceptar recostarse en un triclinio y beber una copa de vino con Octavio. Al fin y al cabo, no

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Los romanos reciben el nombre de dueños del mundo,
pero no tienen ni un terrón suyo».

Una década después de participar en la destrucción de Cartago y de disfrutar de las mieles del triunfo, Tiberio Sempronio Graco deberá enfrentarse a un enemigo todavía más duro y correoso que los púnicos. Numancia, cabeza de los belicosos celtíberos, lleva años plantando cara a Roma, y Tiberio marchará a Hispania para combatir como cuestor junto al cónsul Mancino. Solo su actuación decisiva evitará la aniquilación de las legiones, humilladas una vez más por los numantinos. Recibido como un héroe por el pueblo romano, será sin embargo víctima de las rencillas que emponzoñan el Senado, a menudo más acerbas que la propia guerra.

Tiberio, cada vez más consciente de los problemas que azotan a su patria, atormentado por la degradación de la vida de sus conciudadanos, obligados a luchar en lejanas campañas mientras sus tierras son usurpadas por la oligarquía senatorial, pugnará como tribuno de la plebe por cambiar una Roma podrida. Una tarea para la que tendrá que maniobrar en la intrincada política romana y enfrentarse a poderosos enemigos en el Senado, dispuestos a todo para conservar sus privilegios.

Tiberio Graco. Tribuno de Roma culmina la trayectoria de un personaje que cambió la historia de Roma, una novela apasionante que refleja el peligroso y maquiavélico juego político en una *res publica* que se despeñaba hacia la auto-destrucción, ahíta después de conquistar el mundo.

ISBN: 978-84-129810-4-9



P.V.P.: 26,95 €

NOVELA
HISTÓRICA